

Año. 12 No. 12. Semestre B de 2025 ISSN: 2322-9977

ERGOLETRÍAS

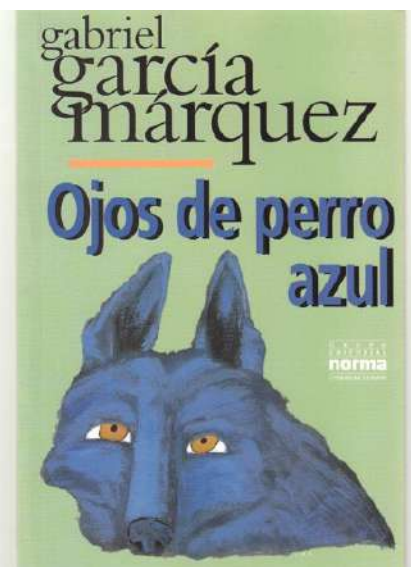
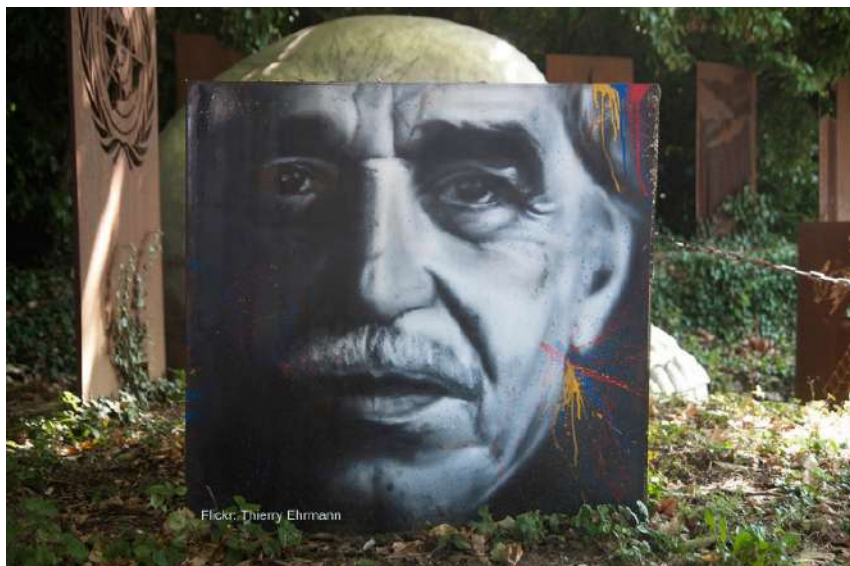


Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



Ojos de perro azul, ojos de gato pardo

Richard Eduardo Hayek Pedraza

rehayekp@ut.edu.co

Licenciado en educación básica con énfasis en lengua castellana

IDEAD – Universidad del Tolima

Estas tres narrativas, que surgen de la lectura de *Ojos de perro azul*, de Gabriel García Márquez, están tejidas alrededor de la añoranza: un constante ir y venir del pasado hacia el presente en busca de respuestas, pero, sobre todo, de los recuerdos perdidos al cabo del tiempo. Esa añoranza también tiene que ver con el amor, un amor que pervive en la memoria del narrador desde su propia infancia, acompañándolo siempre, en todo momento, en todo lugar. En la época actual, atravesada por lo efímero, resulta importante volver a las narrativas, pues solo a través de la narración es posible recuperar lo que nos ha pasado y contar aquellos que a diario nos pasa.

El autor es licenciado en educación básica con énfasis en lengua castellana, y estudiante de segundo semestre en la Maestría en Pedagogía de la Literatura del IDEAD – Universidad del Tolima. Amante de la escritura desde los diecisiete años, ha publicado sus textos en varias revistas del IDEAD, como también en revistas digitales, entre ellas *(Eco)Lee* y *El creacionista*.

I

Después de eso la vi ahí, como había estado todas las noches, parada junto al velador, mirándome. Durante breves minutos estuvimos haciendo nada más que eso: mirarnos.

—Ojos de perro azul, Gabriel García Márquez—

Te miré. Creí que lo hacía por primera vez, y quizás fue así, más luego volteaste y te quedaste viéndome. Entonces tu mirada se adentró en la mía y comenzó a recorrerme, a desandar recuerdos que ignoraba, un abanico de imágenes provenientes de otro tiempo, de otros lugares visitados. ¿Café?— sí, un café estaría bien, dijiste mientras yo le hacía una seña al mozo. Sin saber por qué, quise encender un cigarrillo, aun cuando no llevaba y sin nunca haber probado uno. ¿Qué me pasa?— dije para mí, mientras te miraba delinear de rojo esos labios tuyos, que repentinamente se abrieron dejando escapar un ¿qué tanto me ves? Nada— respondí, casi que tartamudeando, oculto tras el humeante aroma del par de cafés recién servidos. Entre el humo noté que me mirabas detenidamente, como queriendo leer mis pensamientos, por lo cual no tuve de otra que hacerte una nueva pregunta... no lo sé, quizás vaya a cine con unas amigas, o me quede en casa leyendo un libro— fue lo que respondiste. Ese café se quedó ahí, también la conversación y el intercambio de miradas, miradas que vuelven a mí mientras te miro y me miras desde el pasillo, tímida a la luz que cae del techo poco antes de lo que pareciera ser una nostálgica tempestad. ¿Me sigues viendo?— preguntas, y simplemente respondo que sí, que sigo viéndote desde la ventana donde nos vemos caminar por la calle, esa calle que no sé dónde está, pero que está porque vos estás. Sabes, son lindos esos versos— me dices señalando la parte baja de un muro. Mucho— respondo, son de un romántico sin remedio, creo yo,

mientras me imagino escribiéndolos para ti, en compañía de la luna, esperando a que los leas una tarde cualquiera, quizás esta tarde, la tarde que estamos desandando. Moriría con algo así— agregas. Y yo, perdido una vez más en tus labios, siento que valdría la pena morir por ti, por escribir cuánto te quiero en ese muro de esa calle, en cada muro de todas las calles, en los muros de todas las calles de todo el mundo. Te quiero... pienso en voz alta, con un café entre manos, viendo un gato descender del tejado contiguo. ¿A mí o a ella?— escucho a mi espalda, desde el pasillo, aunque más cerca, latiendo fuerte en mi corazón. A vos y a ella, a las dos. De repente empieza a llover como aquella vez. Sigues viéndome. Yo igual: en el pasillo, a un suspiro de la ventana, entre el café apenas caliente y los recuerdos a punto de apagarse. El gato se acerca, maúlla pidiéndome entrar, luego salta. Lo acaricio y ronronea de gusto. Llueve a cántaros. Cierro lentamente la ventana mientras te me cruzas desde dentro del alma... ojos de perro azul— susurras en mi subconsciente. No, ojos de gato pardo— contesto, dejando escapar apenas mi voz mientras abandono el aerosol sobre el andén y me pierdo entre las calles que están tras el cristal, llovidas de ti, naufragando en mí.



II

Ella siguió viendo el embaldosado limpio y sintiendo el olor. Y abrió la cartera y se arrodilló y escribió sobre el embaldosado, a grandes letras rojas, con la barrita de carmín para labios: “Ojos de perro azul”.

–*Ojos de perro azul*, Gabriel García Márquez–

Ojos de perro azul, o de gato pardo, qué importa... pues sí importa, me importa a mí, siguió diciéndome mientras caía el telón de una noche más. No tenías que hacer nada por mí, menos ponerte a grafitear versos en un muro a la luz de la luna- escuché desde el techo, por entre una gotera pequeñísima, que me tragó de golpe, sin conejos de por medio. Allí estaba nuevamente, solo en la banca del parque, creyendo que su mal genio sería cuestión de dos días, máximo tres. ¡Qué iluso fui!, aunque en aquel momento nadie, ni siquiera el más imaginativo, podría haber fabulado cómo terminaría todo. Debiste ir a buscarme en seguida o, por si acaso, llamarme- dice ella, con un dejode melancolía y mirándome de reojo mientras hace círculos en la arena con sus converse rojos, bueno, entre rojos y rosados. ¿Será?- pregunto yo, pensando en unos versos que puedan sacarme de semejante predicamento. Si vas a escribirme, escríbeme algo lindo- me dice en voz baja y agrega, un tanto más bajito: algo lindo, súper lindo, como solías hacerlo



al comienzo, y además no olvides llevarme una plantita, por fa, sabes cómo me encantan. Bueno, está bien- contesto. Entonces saco la libreta y, viéndola, viendo en especial sus labios y anticipándome al beso, escribo unas cuantas líneas... Golpeé tres veces, según nuestro santo y seña, mientras deslizaba los versos por debajo de la puerta. Después me fui al parque a esperar. Debiste haberme esperado en la escalera porque quería verte y arreglar las cosas- señala mientras se acerca y se sienta a mi lado. Pero, ¿por qué?- pregunto. No lo sé, ella tampoco lo sabe, lo único que ambas sabemos es que nos hubiese gustado que esperaras ahí, no aquí, a veces las mujeres somos un poco caprichosas. Igual los versos son lindos, aunque olvidaste lo otro. ¡Mierda, la plantita! Sí, la plantita, aunque todavía estás a tiempo de conseguirla. Sin perder ni un segundo me dirigí al lugar apropiado... el jardín de doña Tulia, de donde podría tomar prestada una materita con unos novios lindísimos que había visto semanas atrás. Era cuestión de subirme a un muro, empinarme un tris y sacar la matera por entre el ventanal del balcón de la casade la doña. Sentí algo de temor, pero la reconciliación, sobre todo el beso, lo valía todo, así que nada, me dispuse a hacerlo pasara lo que pasara. Un estrepito en la calle me despertó en el acto. Ella está esperándote, igual que yo, no demores- me susurra una voz desde el techo, entremezclada de melancolía y lluvia. Dejo la cama y con diligencia voy hasta la ventana. La abro y ahí está... La tempestad ha amainado, al punto de convertirse en una ligera llovizna. Puedes arreglarla, puedes

DE BOGA EN BOGA

arreglarlo todo- escucho desde el pasillo, desde debajo del balcón de doña Tulia, desde el cuarto donde los versos, aquél puñado de versos, no alcanzaron ni alcanzarán jamás para (re)componer un olvido de casi veinte años. Y, mientras pienso en ello, mientras ella me mira con una pena chiquitita que va apretándoseme entre pecho y espalda, una ráfaga de viento y pelos pasa por mis piernas,

se detiene un instante sobre el comedor y, luego de un fugaz maullido, salta por la ventana. Tenías razón- dice ella, lo importante nunca fue si los ojos eran de perro azul o de gato pardo, lo importante fue... ¿Qué fue lo importante?- pregunto, como si valiese de algo, como si tuviese sentido preguntarle al silencio.

III

“¿Quién es usted?”. Y ella me dijo: “No lo recuerdo”. Yo le dije: “Pero creo que nos hemos visto antes”.

—Ojos de perro azul, Gabriel García Márquez—

El silencio resonó como nunca por toda la casa, quedándose conmigo, en mí, hasta bien entrada la madrugada, entonces me dispuse a dormir, mirando esperanzado el techo y la gotera, la dichosa gotera. Desperté a media mañana, con aires de mazamorra inundando la estancia, recorriendo la calle desde la esquina mientras, olla en mano y parado en la puerta, aún pensaba en aquello que había sido importante, aquello que se había hecho trizas veinte años atrás y que, por cosas del destino, me hacía mirar con insistencia los destrozos sobre el andén. Con desgano comí un platode mazamorra, sin leche ni panela, algo que le causó extrañeza a mi madre, aunque no dijo nada y simplemente se fue a cuidar a una amiga suya, convaleciente durante los últimos días. Al rato me dispuse a recoger los destrozos de la noche anterior. Era una vieja matera. ¿Desde cuándo habrá estado en el techo?- me pregunté. Desde siempre-escuché desde algún lugar impreciso. ¿Volviste?- respondí un tanto malhumorado, sin mirarla, aunque moría por hacerlo, en especial sus labios, esos labios que se me refundieron únicos entre los mil y un besos dados al cabo de los años. Pero si nuncame

he ido, no puedo, al menos no todavía, sólo guardé silencio- dijo ella, buscando mis ojos mientras me ayudaba a levantar los pedazos del andén. Así los quería ver, con las manos en la masa- inquirió doña Tulia desde el ventanal.



Luego bajó y nos pidió devolver las demás materas que habían estado desapareciéndose de su balcón, a no ser que quisiéramos que nuestros padres se enteraran de ello. Nos dio un sermón de padre y señor nuestro, lleno de impropiedades, advertencias y hasta consejos sobre el buen hacer del vecino promedio; un sermón que ignoré porque lo importante era hablar con S. No le recrimines de más y se comprensivo- suplicó ella... si vieras que la pobrecilla no pegó el ojo en toda la noche por andar pensando en ti, en tus versos, en que quizás estarías grafitando muros sin razón, en que no pudo verte para hablar y reconciliarse contigo. ¿En serio?- pensé, aunque también lo dije en voz alta. ¿En serio qué?- dijo S., mirándome un tanto sorprendida, como queriendo anticiparse a mi respuesta. Ese era un detalle muy tuyo que nos gustaba bastante, nunca sabíamos con qué ibas a salir, aunque no sé por qué presentíamos que sería algo lindo, entre loco y lúcido, vos me entiendes,

¿cierto?- agregó ella a un lado de S., del lado del recuerdo, mientras mi madre regresaba repentina y diligentemente a casa. Sí, claro que te entiendo- respondí. El gato pardo vuelve hoy, a eso de las siete- señaló ella, cruzándose por delante de mi madre para añadir, con el viento (des)peinándole el cabello: “espero sepas aprovechar su regreso”. ¿Aprovechar su regreso?- pregunté mientras entraba hacia el patio, con la escoba y los trozos de la matera en el recogedor. Los dejé allí, a un lado de la mesita coja donde suelo sentarme a escribir. Sí, aprovecharlo, porque los gatos pardos no son de ir y venir, sobre todo ese- escuché desde el pasillo mientras servía un café. ¿Aprovecharlo? Y, ¿cómo para qué?- me pregunté a soplo y sorbo sobre la cama, mientras por la gotera se filtraba un leve susurro... ya lo sabrás, se paciente. Tarde buena, mi loco bello- dijo ella desde algún rincón del cuarto. Tarde buena, mi loquita querida- contesté, terminando de golpe el café.

IV

Yo recordaba haber visto la mujer en algún sueño anterior, pero sabía, ya con la puerta entreabierta, que dentro de media hora debía bajar al desayuno. Y dije: “De todos modos, tengo que salir de aquí para despertar”.

—Ojos de perro azul, Gabriel García Márquez—

Aquella tarde, mientras aún pensaba en eso de aprovechar el regreso del minino, me dispuse a leer algunos textos viejos, escritos quince o dieciséis años atrás. En ellos eran recurrentes los “ojos de perro azul”, también los “ojos de gato pardo”, ojos que parecían mirarme desde muros, calles y tejados que apenas recordaba... ¿En serio qué?- volvió a preguntar S. entre líneas. En serio nada, estaba pensando en voz alta- respondió mi yo de aquel entonces, mientras mi yo presente intentaba recuperar, infructuosamente, ese pensamiento,

ese instante, esa tarde entre llovida y cálida, refundida en otras tardes, en otros temporales y brisas veraniegas que se sucedieron después. ¿En serio no era nada?- preguntó ella, mientras entraba por la ventana, de camiseta, jean entubado y converse, esos converse entre rojos y rosados con algunos remiendos tejidos a mano que tanta curiosidad despertaban en los bares cada viernes. Se sentó en el suelo, clavando sus ojos en los míos, que se adentraron en los suyos como por vez primera, como todas las veces en que nuestras miradas



se cruzaron queriendo coincidir, quizás para siempre. Eran muchas cosas- le contesté. ¿Eran, o son?- dijo S., un tanto sorprendida. Bueno, son muchas cosas- leí mientras ella seguía mirándome. Muchas cosas, ¿cómo cuáles?- preguntaron al unísono... Cosas como saber si estabas bien, si aún querías que siguiéramos siendo lo que éramos; como contarte que solía grafitear versos en los muros cada noche porque me urgía que toda la gente de este mundo, de todos los mundos (im) posibles, supiese lo especial que eras para mí; como proponerte que nos reconciliáramos, luego de darte un beso y otra plantita a cambio de la que se había hecho pedazos; cosas así- contesté. Se hizo un silencio sobrecogedor. Nunca te lo dije, perdón por eso- agregué volteando mi mirada, buscando la suya, encontrándola apenas por un instante, porque al siguiente ya no estaba donde estuvo, más sí donde había estado por quince o dieciséis años, en ese texto que seguía interpelándome de perros y gatos, de azules

y pardos, de muros y versos, de noches que fueron y ocasos como el que estaba a punto de ser... eran casi las seis. Ya viene- dijo ella desde el pasillo, entonces guardé los textos y me preparé para la dichosa aparición, aunque todavía no sabía cómo aprovecharla. De camino al patio me serví otro café, mientras tanto y desde el cuarto, una voz entremezclada de brisa y rock en español dijo gracias, es lindo saber cuánto me querías. Pues, sí, te quise mucho- contesté ya en el patio. Allí, luego de pensarlo a soplo y sorbo por un rato, se me salió un "Aún te quiero". Volví a pensar, a repasar lo dicho y lo no dicho, mientras me perdía entre las nubes que iban amontonándose de grises en el cielo, de nostalgias que empezaron a precipitarse desde una gotera de la memoria, lloviéndome en silencio y solo muy cerquita del corazón... entonces eran un poco más de las seis.

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



MMVIII

Chino Carrero